

## ***Je me souviens de Carlos Forcadell***

**Mercedes Yusta**

Université Paris 8/Vincennes–Saint-Denis

**H**ay encuentros que pueden cambiar una vida. De hecho, hay encuentros que pueden cambiar la vida varias veces, en momentos diferentes y de diversas formas. Hay momentos que parecen banales y sin embargo alteran el curso de la existencia. Y a la hora de recordar el magisterio de Carlos Forcadell, maestro, director de tesis, amigo, lo que va tomando forma en mi cabeza es una lista de momentos.

El escritor francés Georges Pérec, miembro del movimiento de experimentación literaria Oulipo e hijo de judíos polacos desaparecidos en un campo de exterminación nazi, publicó en 1978 un libro compuesto de una larga lista de cosas que recordaba, esas cosas banales y cotidianas que, siendo profundamente individuales, acaban dando forma y contenido a una conciencia colectiva: *Je me souviens*<sup>1</sup>. Bajo una apariencia desenfadadamente vanguardista, Pérec es un escritor del recuerdo y la rememoración, de la lucha contra el olvido, que es el otro nombre de la muerte. Otro de sus libros, *La disparition*, es una extensa metáfora del trauma dejado en la conciencia europea por la aniquilación de los judíos: del texto ha desaparecido la letra «e», que en francés se pronuncia de la misma forma que la palabra *eux*: ellos, los desaparecidos. Pérec es un testigo vicario de esa historia traumática del siglo XX que Carlos Forcadell nos enseñó a desentrañar, no solamente a través de los archivos y de los libros de historia, sino también de la literatura. Otros y otras hablarán en este volumen de la honda huella del magisterio de Carlos Forcadell en la historiografía española contemporánea. Yo, a la manera de Pérec, iré desgranando una lista de cosas que recuerdo.

Recuerdo la Universidad zaragozana de principios de los años noventa. Una Universidad en la que las Humanidades ya estaban en crisis y el horizonte de posibilidad de los futuros licenciados de Historia era bastante poco prometedor. Pero no nos preocupaba demasiado, porque nosotros, y nosotras, no queríamos estudiar historia para entrar en el mercado laboral, que dicho así nos parecía una vulgaridad pequeñoburguesa, sino para cambiar el mundo y para quitarle la razón a Fukuyama, cuyo libro *El fin de la historia* se acababa de publicar en España<sup>2</sup>. Nuestra entrada en la Universidad se acompañó de los ecos de la caída del Muro de Berlín y

---

1 Georges PÉREC: *Je me souviens*, Paris, Hachette, 1978.

2 Francis FUKUYAMA: *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona, Planeta, 1992.

de las festividades colectivas que lo acompañaron, pero también de la nostalgia en sordina de quienes habían perdido por el camino las utopías: desde ese momento, la izquierda en la que nos reconocíamos inició un bucle melancólico en el que todavía sigue atrapada<sup>3</sup>. Pero nosotros éramos jóvenes y pensábamos, como lo pensarían después los que nos siguieron, que otro mundo era posible.

Recuerdo las clases de historia de España de Carlos Forcadell, la bonhomía con la que nos saludaba en los pasillos o en la cafetería de la facultad, la colilla apurada, estrujada nerviosamente entre los dedos y arrojada antes de entrar en el aula. Recuerdo que gracias a su magisterio pudimos dialogar con jóvenes del pasado que también querían cambiar el mundo. La historia ya no era únicamente el campo de batalla en el que se desplegaban reyes y generales, sino también los talleres y las fábricas en los que resonaban los primeros balbuceos de la Internacional. Carlos nos llevó a los barrios populares de la Barcelona de comienzos del siglo XX agitados por las luchas obreras y el pistolero patronal, esa ciudad de *gangsters* y sindicalistas que retrató Eduardo Mendoza en *La verdad sobre el caso Savolta*<sup>4</sup>. Nos llevó de viaje por los pueblos cerealistas de Castilla en los que caciques y diputados cuneros amañaban de consuno las elecciones, por los latifundios andaluces agitados por los rumores de los crímenes fantasmáticos de la Mano Negra y el terror bien real de la Guardia Civil. Con él descubrimos la historia del *Angelus Novus*, la acuarela de Paul Klee adquirida por Walter Benjamin en 1921 que representaba para él al Ángel de la Historia sobrevolando campos de ruinas, empujado por ese viento implacable al que llamamos Progreso<sup>5</sup>. Esa acuarela que Benjamin llevaría consigo, como un amuleto, a lo largo de su periplo de filósofo judío perseguido que le condujo a acabar con sus días en Port Bou, acorralado por el aliento de la Bestia. Años después algunos fuimos tan osados como para leernos sus *Tesis sobre la Historia*, de las que no entendimos prácticamente nada pero que nos dejaron un poso de poesía y utopía que, de vez en cuando, transluce en la escritura de nuestros textos. Lo que sí entendimos fue que, si el enemigo vence, ni siquiera los muertos estarán a salvo. Y que ese enemigo no ha cesado de vencer<sup>6</sup>.

Recuerdo que descubrimos en compañía de Carlos Forcadell, y hoy por desgracia sabemos lo privilegiados que fuimos, la fundición Averly y las luchas sindicales y antifranquistas de sus trabajadores en la Zaragoza del tardofranquismo: hoy la antigua fundición, que podría haber sido un fabuloso museo de la memoria obrera de la ciudad, se ha convertido en un enorme depósito de fantasmas y dentro de poco será un solar en el que brotarán como hongos bloques de apartamentos (... ese enemigo que no ha cesado de vencer). Recuerdo que con Carlos Forcadell descubrimos, en fin, la historiografía social marxista, y ese es un virus del que nunca se sana del todo.

Recuerdo el momento, allá por el año 1995, en que empujé la puerta del despacho de Carlos Forcadell para preguntarle si aceptaba dirigir mi tesis doctoral. Yo solo sabía entonces dos cosas: que quería trabajar sobre antifranquismo y sobre mujeres, lo cual era bastante minimalista como proyecto de doctorado. Ahora que yo misma dirijo tesis de doctorado, sonrío para mis adentros cuando mis estudiantes me hacen ese tipo de propuestas y aprecio en su justa medida la paciencia y la generosidad de Carlos con aquella joven estudiante sumamente despistada. Recuerdo que Carlos me propuso que fuese a entrevistar a una histórica militante del PCE,

---

<sup>3</sup> Enzo TRAVERSO: *Mélancolie de gauche. La force d'une tradition cachée (XIX<sup>e</sup>-XXI<sup>e</sup> siècles)*, La découverte, 2016.

<sup>4</sup> Eduardo MENDOZA: *La verdad sobre el caso Savolta*,

<sup>5</sup> Walter BENJAMIN: «Sobre el concepto de historia», en *Obras*, libro I, vol. 2, Madrid, Abada, 2008, p. 310.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 21.



Con Mercedes Yusta, Danièle Bussy Genevois e Ignacio Peiró. Colegio de España, París, 2012.

Esperanza Martínez, que había pertenecido a una organización guerrillera antifranquista durante la posguerra –que había formado parte, por tanto, de ese fenómeno, conocido popularmente como «el maquis», que en aquella época se debatía entre el mito y el olvido– e incluso me acompañó en una primera visita. «Y luego –me dijo– ya hablaremos». Recuerdo la voz de Esperanza Martínez, las tazas de café frente a las cuales iba desgranando, durante largas horas, su historia de horror y de lucha. Recuerdo una primera visita al Archivo Provincial de Teruel acompañada por Carlos Forcadell, la mejor carta de presentación posible frente a una archivera amable pero estricta, cancerbera de una documentación nunca consultada antes, varias cajas de informes policiales y de la Guardia Civil sobre la «lucha contra el bandolerismo» que acababan de ser transferidas del Gobierno Civil y todavía exhalaban olor a azufre. El resto, como se dice en las novelas baratas, es historia, o más bien fue primero una tesina sobre el maquis en el Maestrazgo turolense que acabó ampliándose en una tesis doctoral sobre la guerrilla en Aragón<sup>7</sup>.

Recuerdo viajes en coche atravesando el ocre de las tierras turolenses, adentrándonos en los murallones de piedra del Maestrazgo en compañía de otros amigos: Ignacio Peiró, Pedro Rújula, Inmaculada Blasco, Antón Castro, Alberto Sabio, José Giménez Corbatón... Recuerdo una visita a las trincheras del frente de Teruel que le hizo recordar a Carlos el niño que fue, un niño curioso y seguramente bastante travieso que buscaba restos de municiones por el campo, ya tempranamente fascinado por las reminiscencias del pasado en el presente. Recuerdo que una vez nos contó que en una de aquellas trincheras encontró una calavera sobre la que

<sup>7</sup> Mercedes YUSTA: *La guerra de los vencidos. El maquis en el Maestrazgo turolense*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1999, y *Guerrilla y resistencia campesina. La resistencia armada contra el franquismo en Aragón*, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003.

alguien había escrito a lápiz: «Este hombre se llamaba Juan». Recuerdo que a Carlos le sobrecogía aquella precisión, aquel nombre sobre la calavera, la noble calavera, como escribiera Miguel Hernández en la elegía a su amigo Ramón Sijé, que tal vez alguien arrancó a la tierra para, retomando las palabras del poeta, desamordazarla y regresarla<sup>8</sup>. Era antes, infinitamente antes de que la llamada «recuperación de la memoria histórica» llevara adelante el empeño de poner nombres a los huesos de los muertos de la guerra y de la represión franquista, de desenterrar tantas nobles calaveras que contiene aún la tierra de España.

Recuerdo que algunas de nosotras nos desazonábamos con aquella historia que no nos contaba ni nos contaba, con aquella historia que había sustituido reyes y diplomáticos por obreros y sindicalistas, pero que seguía ignorando nuestra experiencia y nuestra genealogía femeninas. Y recuerdo que fue Carlos Forcadell, entonces director del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, quien nos propuso a Inmaculada Blasco y a mí, por entonces jóvenes becarias predoctorales, crear e impartir una clase llamada «Historia de las mujeres en Occidente». Esa experiencia fue un fabuloso aprendizaje de libertad, una carta blanca para reconstruir un relato en el que por fin podíamos reconocernos y, regalo supremo, compartirlo con una generación apenas más joven que nosotras: algunas de aquellas chicas y aquellos chicos que se sentaron en los bancos frente a nosotras son hoy nuestras y nuestros colegas.

Recuerdo que ser doctoranda de Carlos Forcadell significó una libertad casi total, lo que también implicaba una gran responsabilidad. Carlos sugería y acompañaba, nunca imponía; recomendaba lecturas y regalaba libros cuya relación con el tema de la tesis podía a veces parecer muy aleatoria. Pero los libros regalados y sugeridos por Carlos componían en realidad un palimpsesto en el que, en filigrana, se podían seguir las líneas de sus intereses y obsesiones, de las ideas que le estimulan, le divierten y le hacen pensar. Regalar lecturas es para Carlos Forcadell una manera de compartir una visión del mundo y de la historia, de entablar un diálogo múltiple con un autor y con sus lectores, un diálogo que muy a menudo gira sobre las diferentes formas de comprender, aprehender y transmitir el pasado.

Recuerdo un libro en particular, ofrecido en 1999, cuando emprendía la redacción de mi tesis, ese momento a la vez temido y deseado en el que se ponen a prueba varios años de trabajo, sudor, estrés y algunas lágrimas y que tiene mucho de ordalía y de juicio final. El libro se titulaba (se titula, porque por supuesto lo conservo) *El antropólogo inocente* y es un curioso libro autobiográfico en el que un antropólogo inglés, Nigel Barley, narra las diversas desventuras cotidianas vividas durante su investigación de campo, en los años setenta del siglo pasado, entre la tribu de los dowayos en Camerún<sup>9</sup>. Barley evoca, en páginas repletas de humor y ternura, la dificultad del idioma, las enfermedades tropicales, los miles de kilómetros recorridos en jeep por caminos intransitables para entrevistarse con un anciano brujo o para asistir a la ceremonia del inicio de la estación de las lluvias, pero también las condiciones de posibilidad de la construcción de un conocimiento sobre el Otro. Dado que yo llevaba dos años recorriendo los pueblos del Maestrazgo y el Sobrarbe en un todoterreno que me habían prestado en busca de información sobre los «maquis», y que los lugareños con los que me entrevistaba eran a menudo tan reacios como los dowayos a compartir información conmigo, lo primero que me vino a la cabeza es si no sería yo la antropóloga inocente, y que por tanto el sentido del regalo era principalmente humorístico. Pensé que Carlos se estaba burlando amablemente de mi tendencia a dejarme seducir por la antropología, tendencia habitual en aquellos momentos

---

<sup>8</sup> Miguel HERNÁNDEZ: «Elegía», *El rayo que no cesa*, Madrid, Héroe, 1936, p. 29.

<sup>9</sup> Nigel BARLEY: *El antropólogo inocente. Notas desde una choza de barro*, Barcelona, Anagrama, 1989.

en mi generación de historiadores y contra la que ya prevenía su maestro y cómplice intelectual Juan José Carreras a principios de los años noventa, concretamente contra ese «matrimonio por amor» que exige «renuncias y sacrificios por parte del amado, en este caso la historia. La antropología exige a la historia social que renuncie a sus objetos y sus sujetos». ¿Me estaba poniendo en guardia Carlos contra una eventual seducción antropológica en la que perdería mi alma de historiadora social?<sup>10</sup>.

Pero las lecturas recomendadas por Carlos siempre tienen varias capas de interpretación. Lo esencial en este caso era que, después de haber emborronado decenas de cuadernos sin entender lo que sus entrevistados le estaban contando, un día el antropólogo se da cuenta de que todo el trabajo que ha estado elaborando pacientemente durante años, sin saber muy bien hacia dónde estaba avanzando, cobra sentido de pronto y conforma un sistema de interpretación del mundo. Para una doctoranda que en aquellos momentos sudaba sobre sus fichas de archivos, transcripciones de entrevistas y notas de lectura, aquella revelación fue luminosa. Al antropólogo inocente le ocurre algo aún más importante, y es que en el camino pierde la inocencia. De retorno del país de los dowayos, su mirada antropológica se pro-



Dibujo de Juan José Carreras mientras presidía la tesis doctoral de Mercedes Yusta sobre la resistencia del maquis en Aragón, 2000.

<sup>10</sup> Juan José CARRERAS: «La Historia hoy: acosada y seducida», en *Razón de Historia. Estudios de historiografía*, Madrid, Marcial Pons, 2000 (conferencia pronunciada en 1991), cita en p. 230. Ver también el comentario de Carlos FORCADELL: «Sobre desiertos y secanos. Los movimientos sociales en la historiografía española», *Historia Contemporánea*, 7 (1992), pp. 101-116.

yecta sobre su Inglaterra de origen y el extrañamiento propio del trabajo de campo se ve reflejado en sus propios compatriotas. El antropólogo se convierte en un ser liminar, entre los dos mundos; en palabras de Barley, «el investigador de campo retornado acepta las dos posiciones pero no se identifica con ninguna»<sup>11</sup>. O en palabras de Gadamer, citado por Juan José Carreras, «a fin de cuentas, la humanidad de nuestra existencia depende de lo lejos que aprendamos a ver las fronteras de nuestro ser con las de otros seres»<sup>12</sup>. Cuando investigamos, me estaba diciendo mi director de tesis, no nos identificamos con los actores y actrices del pasado, o al menos no deberíamos hacerlo; como nos ha mostrado Carlo Ginzburg, el *straniamento* es una forma de pensar históricamente, de tomar conciencia de que el pasado es radicalmente *otro*<sup>13</sup>. Pero tampoco regresamos indemnes del viaje y nuestra mirada a nuestro propio presente se hace más compleja y más crítica porque, aunque la historia no es una ciencia adivinatoria, sí permite tomar conciencia de la trascendencia que tuvieron para un *futuro pasado*<sup>14</sup> decisiones tomadas en un determinado momento histórico, y esa conciencia ilumina las decisiones del presente con la «chispa de esperanza» que evocaba Benjamin: la chispa que ilumina al historiador penetrado de la urgencia de tratar de evitar que el enemigo siga venciendo, de rescatar la memoria, pero también las utopías y las esperanzas, de las víctimas y los vencidos.

Recuerdo, como en un sueño, ese momento que dicen cumbre de la defensa de la tesis, y recuerdo que Carlos estaba casi tan nervioso como yo. El recordado Juan José Carreras era el presidente del tribunal: me reprochó haberme dejado llevar, quizá en exceso, por el giro antropológico en mi análisis de los efectos de la violencia política en las comunidades rurales del Aragón de la posguerra. Me puso en guardia sobre una posible idealización de las lealtades, identificaciones y sentido de pertenencia que, en mi interpretación, explicaban la resistencia de algunas comunidades rurales a la institucionalización impuesta por el franquismo y su solidaridad con la guerrilla. Para después admitir, finalmente, que las fracturas y divisiones que agitaron el campo aragonés durante la posguerra no podían explicarse totalmente aplicando un análisis marxista de lucha de clases. Y en ese momento cobraron sentido las lecturas que Carlos Forcadell ponía en mis manos, y en las de toda una generación de historiadores: no solo el antropólogo inocente, sino sobre todo James C. Scott, Clifford Geertz, Roger Chartier, Nathalie Zemon Davies, Carlo Ginzburg... Lo que ya estaba haciendo Carlos Forcadell en esos momentos era abrir el campo de la historia social para introducir elementos de análisis culturales o antropológicos. Gracias en gran medida a aquellas lecturas sugeridas por él, a la invitación que proponían a repensar la metodología y los sujetos de la historia social, una generación de jóvenes historiadores e historiadoras pudimos escribir nuevos relatos acerca del pasado, relatos más complejos y abarcadores que nos permitieron hacer visibles en la narración histórica a sujetos subalternizados como los campesinos o las mujeres de las clases populares, cuyas acciones se consideraban tradicionalmente como no políticas. Encontramos nuevas explicaciones, nuevas formas de escritura, y creo que Carlos Forcadell, con su sutil magisterio que se desplegaba más allá del despacho y del aula, entre regalos de libros e ideas sugeridas a la hora del vermut, nos permitió contribuir modestamente a la renovación, que no la disolución, de la historia social.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 232.

<sup>12</sup> Juan José CARRERAS: «'Bosques llenos de intérpretes ansiosos' y H.G. Gadamer», en Elena HERNÁNDEZ-SANDOICA / Alicia LANGA (eds.): *Sobre la historia actual. Entre política y cultura*, Madrid, Abada, 2005, pp. 205-227, cita en p. 226.

<sup>13</sup> Carlo GINZBURG: *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*, Barcelona, Península, 2000.

<sup>14</sup> Reinhart KOSELLEK: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.



Con participantes en el curso sobre «Políticas del pasado y discursos de la Nación». Colegio de España, París, 2015.

Recuerdo que Carlos Forcadell, seguramente sin pretenderlo, imprimió un giro a mi vida de nuevo en el año 2000, cuando, tras la lectura de la tesis, me sugirió que solicitara una beca postdoctoral para pasar un par de años en una universidad extranjera. «Y luego –me dijo– ya hablaremos». Jamás volví, y el magisterio heredado de Carlos Forcadell se imparte ahora en una universidad de la *banlieue* parisina. Pero el hilo con la Universidad de Zaragoza nunca se ha roto y Carlos Forcadell, junto con otros, es en gran medida el responsable. Nunca hemos dejado de dialogar y de intercambiar recomendaciones de lecturas, largas cartas que se convirtieron con los años en *e-mails* interminables, reflexiones sobre la historia, pero también sobre el presente, pues otra de las cosas que he aprendido de Carlos Forcadell, y también de Ignacio Peiró, es la responsabilidad que el historiador, y la historiadora, contraen con el tiempo en el que viven<sup>15</sup>. A ambos lados de los Pirineos se han tejido amistades y colaboraciones entre el departamento de Historia Contemporánea de Zaragoza y el Département d'Études Hispaniques de la Universidad Paris 8; se ha leído una tesis en cotutela con Pedro Rújula, la de Javier Ramón Solans, y se han doctorado otros investigadores e investigadoras que son otros tantos nietos y nietas espirituales de Carlos Forcadell<sup>16</sup>.

Desde la perspectiva de 17 años de ejercicio en varias universidades francesas, recuerdo que me formé en una Universidad más libre, menos plegada a los dictados de la vulgata neolibe-

<sup>15</sup> Y de esta responsabilidad surgen proyectos científicos y editoriales como el libro colectivo editado por Carlos FORCADELL / Ignacio PEIRÓ / Mercedes YUSTA (eds.): *El pasado en construcción. Revisiones de la historia y revisionismos históricos en la historiografía contemporánea*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico (col. Historia Global), 2015.

<sup>16</sup> Francisco Javier RAMÓN SOLANS: *La Virgen del Pilar dice... Usos políticos y nacionales de un culto mariano en la España contemporánea*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2014.



ral, donde se podía ejercitar el pensamiento crítico y los profesores podían ser de verdad investigadores y no tecnócratas aplastados por una burocracia paralizante. Una Universidad en la que ejercían y enseñaban historiadores como Juan José Carreras, como Carlos Forcadell, como tantos otros y otras, que nos han transmitido una forma de hacer historia a la vez exigente, crítica y libre, comprometida con el pasado pero también con el presente, comprometida *tout court*.

Recuerdo que he sido inmensamente afortunada de aprender el oficio con uno de los grandes.